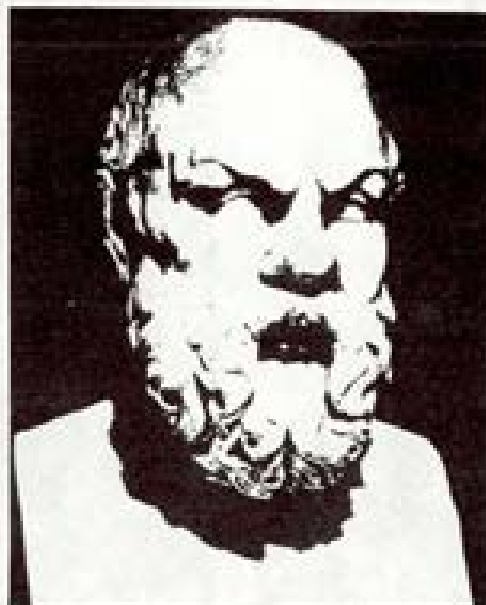


SOCRATES



A FREUD

o el conocimiento de sí mismo para la sinceridad consigo mismo

Sócrates habla puesto como base de su programa escolar y meta de su sabiduría aquel slogan de aspecto poco académico con el que tentó, sin embargo, a los espíritus más clarividentes de su escuela: "Conócete a ti mismo".

La cosa parecía sencilla. Y no lo era. El error de quienes la siguen creyendo sencilla, es el falso presupuesto de que "de uno mismo, nadie sabe más cosas que uno mismo".

Y todo hay que decirlo: si se trata de cosas, puede ser cierto. Pero si se trata de las raíces profundas de donde las cosas brotan, puede que uno mismo no sea el mejor analista para descubrirlas.

A Freud no le creyeron cuando habló de una profunda capa de la persona en la que se nos ocultan los móviles, las razones y los resortes de nuestra conducta. El descubrimiento del subconsciente provocaba la indignación de las mentes lúcidas del siglo XIX que ya habían montado su esquema del hombre sin dejar hueco donde alojar nuevas hipótesis.

Conocerse a sí mismo y ser sincero consigo mismo, no son exactamente una misma cosa, pero en el fondo se trata de dos piezas que se implican en el mismo juego, tanto que apenas será posible separarlas en la práctica.

Saber para qué valgo

"¿Me lo puede decir usted, para qué valgo yo? Me han hecho dar demasiadas vueltas, he empezado dos carreras... No sé. Ahora lo difícil es encontrarme y empezar a ser útil para algo."

Unos llegan a formularlo en un momento de la vida, otros no. Unos les echan la culpa a sus padres, otros no saben a punto fijo a quién echarse. Pero alguien es culpable.

Con bastante frecuencia, el hijo forma parte del entramado de engaños

en que viven sus padres. Con bastante frecuencia el niño se va convirtiendo para sus progenitores en un ente de ciencia-ficción sobre el cual proyectan las ilusiones, las ambiciones, los desquites personales que, o bien nunca han logrado realizar o bien intentan prolongar y repetir en su descendencia.

La consecuencia inmediata es que también el niño se forma una idea falsa de sí y de sus poderes.

Los padres no han tratado de averiguar la verdadera dotación humana de su niño, sino de inventarle una, la que a ellos les pareció más conveniente y hacérsela tragar al niño por autosugestión.

Si el niño no se apea a tiempo de la "astronave" en que le han embarcado, la segunda consecuencia es una larga historia de despistes y desilusiones ante las que el muchacho irá adoptando algunas posturas que ya conocemos: resentimiento, escepticismo, oposición... o cualquier otra cobertura pseudointelectual de las que vienen de cuando en cuando en ayu-



da de los ascos personales de la juventud "quemada".

Conocer demasiado tarde lo que uno es, enterarse demasiado tarde de lo que uno pudo o debió haber sido, no es ni un consuelo ni un remedio. Las ilusiones legítimas de los padres han de funcionar como palancas alentadoras, no como apisonadoras de la personalidad del niño. Y alentar supone, en primer lugar, reconocer y aceptar aquello que se tiene delante, amarlo y tratar de enriquecerlo hasta donde sea posible.

El niño tiene derecho a saber cuáles son sus cualidades reales y también cuáles son sus limitaciones. Conocerse a sí mismo es la única manera de no engañarse a sí mismo.

Y también los defectos

Aunque en muchos oídos suene mal, el niño tiene que llegar a reconocer sus defectos.

Contra esto se ha dicho que hacerle ver al niño sus defectos le crea complejos de culpabilidad e inferioridad, amargura y resentimiento...

Sin embargo, los defectos forman parte de ese frente abierto en el que todo individuo ha de meterse para estructurar su personalidad.

Nadie nace perfecto y casi todos nos morimos sin serlo. Pero los defectos son, con respecto a nuestra perfección, lo que las deficiencias técnicas de la creación han sido para el talento del hombre: incitaciones que le han llevado a superarse.

Cierto que para que esto sea verdad, los defectos del niño no han de ser para el educador el objeto constante de sus iras ni tampoco el pretexto de un eterno, repetido e invariable disco de sermones.

Y es que no se trata, simplemente, de que el niño se entere ni de que el niño conozca sus defectos. Tampoco se trata de que una vez vistos los acepte con resignación.

Si de verdad importa que los conoz-

ca y los acepte es con el fin de guiarle a la superación, de proporcionarle los medios para una sólida recuperación.

El cuerpo, el espíritu y sus alrededores

Un tercer capítulo del conocimiento personal se refiere al funcionamiento de la persona en su totalidad: cuerpo y espíritu.

De la ignorancia de este funcionamiento, de los errores morales, fisiológicos o psicológicos que se hayan introducido de por medio, deriva una serie de insinceridades prácticas que empiezan por una grave falta de sinceridad con uno mismo.

Ya dijimos que las deficiencias en la



sensibilidad, en las facultades perceptivas o cognoscitivas, conducen inexorablemente a que el hombre se engañe al enjuiciar las cosas.

Las cargas afectivas actúan también como deformantes de la realidad, subjetivando nuestros puntos de vista. Ni el estado de cólera, ni la depresión, ni la exaltación afectiva permiten al hombre enjuiciar sereno y objetivamente.

El niño colérico, o comido por los celos, o apasionado de cualquier modo, no puede sino engañarse a sí mismo al enjuiciar aquello que le exalta o le perturba.

Será preciso conocerle muy bien para poner en su punto lo que él intenta transmitirnos acerca de la bondad o maldad de un profesor, de las injusticias que se cometen con él en el colegio... Y luego trataremos de llevarle, por medio de la confrontación con los hechos, a un estado de mayor serenidad y sinceridad.

Dentro de este capítulo, merece punto y aparte el tema de la sexualidad.

La falta de autoanálisis y autoaceptación de lo que es el hombre en su función sexual, trae consigo una larga cola de hipocresías.

Son del dominio común los tópicos ingenuos en los que los adultos han envuelto, para transmitirlo a los niños, el origen de la vida. Esto parece, en principio, una falta de sinceridad admitida, una insinceridad que se ha hecho clásica.

Sin embargo, no son pocos los que opinan que esta falta de sinceridad tiene una raíz más honda: ¿no proviene, tal vez, de que los mismos adultos se engañan a sí mismos cuando creen haberse liberado de toda clase de reticencias y complejos ante el problema? ¿No se trata de un rechazo que permanece ahí, por debajo de las palabras con las que parece aceptarse la "normalidad" y aun el sentido profundo del hecho?

"En el fondo, lo que tú lamentas es que no sea verdad que para tener un bebé sea bastante encargárselo a la cigüeña", dice un personaje de Julien Greene.

La sospecha se vuelve certeza en los casos donde esta comprensión y aceptación se ve turbada por algún factor clínico: frigidez, miedo, dolor, violencia...

Pero quedan los otros casos, mucho más numerosos, donde no es posible señalar una sola causa, ni una causa suficientemente explícita, como perturbadora de la actitud psicológica o moral ante el problema.

"Nosotros no se lo hemos dicho al niño porque es una cuestión difícil."

Para quien les escucha, lo difícil es atreverse a hacer otra pregunta:

"¿Están ustedes seguros de que no se lo callan porque sigue siendo difícil para ustedes darse una explicación profunda, noble, absolutamente serena de la propia experiencia conyugal? ¡Traten de sincerarse!"

Querer llevar al niño a la sinceridad consigo mismo sin enseñarle a conocerse y aceptarse en todo lo que él es como persona, es algo más que ingenuidad: es un engaño.